

Fisiocracia y mercantilismo



HABLANDO con un amigo, hombre de tierra adentro y germanófilo, de cierto pleito periodístico que ha dado no poco que comentar, llegó á decirnos: «sí, pero esos navieros...» Al oírlo, sintióse nuestra mente súbitamente iluminada por una idea que de manera obscura y, por decirlo así, subconsciente nos la estaba trabajando. Referíase la tal idea á una de las profundas razones que han contribuido á la bifurcación del sentimiento público español por lo que á la actual guerra europea hace; razones en su mayoría desconocidas de aquellos mismos sobre que están obrando.

«Esos navieros...» Los navieros son, en efecto, lo más característico de los mercaderes. Han sido pueblos mercantiles los pueblos navegantes; el comercio y la navegación van íntimamente ligados. Ciertó es que se hace comercio por tierra, y muy activo; pero hasta el más genuino mercader terrestre, el ambulante, el buhonero, el arriero si se quiere, tiene algo de navegante también. Cabe hablar, sin gran abuso de metáfora, de navegantes de tierra, y un carro de mercancías tiene algo de un navío. Sarmiento, en aquella espléndida descripción de la vida en las pampas argentinas que abre su *Facundo*, nos habla de la tripulación de la carreta que en caravana atraviesa pesadamente las pampas.

El Génesis nos cuenta cómo el primer crimen de la historia humana fué la muerte que el labrador, Cain, dió al pastor, Abel, y cómo fueron los descendientes del labrador los que fundaron la primera ciudad. Y fué de los pastores, de los abelistas, de los trashumantes, de los andariegos, y no de los sedentarios labradores de los que salieron los mercaderes. El mercader entre nosotros fué, sobre todo, el pasiego ó el maragato, el que iba de unos pueblos en otros cambiando sus productos. Pero el mercader es, sobre todo, el navegante.

Y entre los pueblos sedentarios, adheridos á la gleba, terrestres y aquellos otros que recorrian los mares y cambiaban los productos de los primeros, llegaron á diferenciarse dos mentalidades. Una que podríamos llamar mentalidad fisiocrática, y otra mercantilista.

Hizo á Madrid capital de su imperio un rey de la Casa de Austria, y también la mentalidad austriaca, ó germánica, era entonces, y á pesar de todo sigue siendo, fisiocrática, de tierra adentro, de terratenientes, más bien de latifundios, de Junkers, en fin. Y sin que importe á ello el que hayan desarrollado luego un activo comercio. Y lo que los espíritus fisiocráticos, terrestres, de hoy llaman marimismo, no es otra cosa que el mercantilismo. Treitschke reservaba contra el mercantilismo sus más agrios sarcasmos. La mentalidad de un Junker es lo más opuesto á la de un banquero de Lombard Street.

¡Trigos y naves! Al triguero se le antoja que lo esencial es la materia, el contenido, el trigo, lo que la nave transporta, y el naviero piensa que, sin su nave, sin el espíritu, sin el continente, sin el medio de transporte, el trigo vale bien poco ó puede llegar á no valer nada. El triguero cree que, en caso de apuro, con comerse su trigo lo basta, y á lo menos no se morirá de hambre, mientras que el naviero no puede comerse su nave; pero el naviero sabe que puede matar de hambre á pueblos á que no sirva, y que en todo caso no sólo de pan vive el hombre, y que son las naves, y no los campos de trigo, los que han hecho la Historia, y con ella la civilización. Porque la Historia surge del comercio y no de la labranza. Sin el comercio de las ideas, el cultivo de éstas sería completamente inútil.

Por acá, en estas tierras de pan llevar en que vivimos algunos á quienes la brisa marina nos oreadó la cuna, y que sentimos germinar nuestros primeros ensueños en medio de una costera plaza de comercio universal, encontramos gentes que así que ven bien dorados y granados los cebadales, se rien so capa de lo que oyen decir á los que pronostican males á la Patria para cuando llegue el epílogo de la actual contienda.

Imagínense estos fisiócratas á quienes se les hincha el corazón al llenárselos la vista del esplendor de los cebadales, que hasta amurallada España podría bastarse, y aun algunos de ellos llegan á soñar en una Arcadia, ó más bien en una Beocia, llena de tranquilo bienestar y sin las inquietudes de la Historia.

«Esos navieros...» ¡Esos navieros que vienen á perturbarlos la tranquila existencia, y que nos traen á todo, hasta á la Prensa, procedimientos de pueblos febriles y democráticos, de pueblos que creen más en el continente que en el contenido, más en la forma que

Los fisiócratas, á cuya cabeza estuvo el Dr. Quesnay, médico del rey Luis XV, y autor de *Le Tableau Economique*, publicado en 1758, sostenían, entre otras cosas, la prominencia de la agricultura sobre el comercio y la industria. Según ellos, sólo la tierra, la Naturaleza, es fuente de riqueza, sólo ella da un *producto neto*; las clases sociales que no sean la agrícola, no son sino clases *estériles*. Desde luego, se ve el fondo de materialismo, ó si se quiere, de realismo, de esta concepción estrecha. El mercantilismo, por su parte, se desarrolló cuando la abertura de las grandes rutas marítimas dió al comercio internacional un desarrollo desconocido hasta entonces. El genuino comercio es el internacional.

Claro está que los pueblos predominantemente agrícolas tienen comercio, pero hay un comercio imbuido de mentalidad y de sentimentalidad fisiocráticas. El comercio interior, el que se hace dentro de un país como España, suele ser un comercio que pudiéramos llamar fisiocrático. El tendero, el almacenista, tan sedentarios y tan xenófobos como el labrador de las ciudades, villas y lugares del interior, está en intereses y en sentimientos mucho más cerca del terrateniente que no del labriego. Es el mar, ó por lo menos la frontera, lo que hace el alma del verdadero mercader.

Tenemos escrito recientemente que desde un gran lugar de la Mancha, como es Madrid, á seiscientos metros sobre el nivel del mar y unos seiscientos mil, por término medio, de la costa, no es posible ver ni sentir las cosas de política internacional, ni aun de nacional, como se las ve y se las siente sobre la costa, en tierras mercantilistas. Por mucho que pueda dolernos, hay que reconocer un gran fondo de verdad en lo que hace poco se decía en un fondo de *La Veu de Catalunya* (número del 22 de Junio), de cuán lejos está Madrid del mundo; de que su condición geográfica, en medio de yermos y lejos del mar, y su historia política, se equivalen; que la hizo capital de su imperio el rey ascético, de una raza xenófoba, y que se ha mantenido atrasado de toda renovación merced á las murallas chinescas de un sistema orográfico y un sistema político sencillamente aplastantes. Hay en este duro juicio mucho de verdad.

en la materia, más en el espíritu que en el cuerpo, más en la idea que en la cosa, más en la libertad que en el orden, más en el pueblo que en el imperio, más en la nave que en el trigo...!

Esta nueva fisiocracia procede de espíritus sedentarios, y esto, aunque los hombres de tal espíritu se muevan y viajen corporalmente. Porque el fisiócrata, el terrateniente, el cultivador de la tierra y el que de ellos sólo depende, aunque viaje no viaja más que con el cuerpo. Sólo el que tiene alma mercantil, dedíquese á lo que se dedicare, viaje de veras cuando viaje; sólo él se entera, porque sólo él cambia, con los artículos, ideas. Y la nueva fisiocracia procede de sedentariedad de espíritu. Como de sedentariedad de espíritu procede la xenofobia.

Estos espíritus terrestres son fundamentalmente sedentarios. Y, por lo tanto, conservadores. Y además, dogmáticos.

Un pueblo terrestre, sedentario, conservador, probablemente fisiocrático, fué el espartano; y un pueblo marino, móvil, progresista, fué el ateniense. Pericles sabía que quien es en la guerra dueño del mar, lo es al cabo de la tierra. Y fué en Atenas, junto al Pireo, donde culminó aquella admirable cultura helénica que había florecido en las islas, en las islas que fueron cunas de los más altos espíritus griegos, empezando por el de Homero.

¡Cosa terrible un pedazo de tierra rodeado de tierra por todas partes, es decir, rodeado de sí mismo! ¿Cómo ha de poder verse y conocerse bien? Porque uno no se ve sino en otro, en lo diferente. Lo semejante no es espejo; y á falta de espejo no hay conciencia; y sin conciencia no hay historia. Es difícil que un pueblo esencialmente terrestre llegue á conocerse. El mar es el gran espejo, no sólo para el sol del cielo, sino para el alma de un pueblo. Navegando por él y comerciando con otros pueblos, han aprendido éstos á conocerse.

Y en la actitud fisiocrática, de espíritu sedentario y quieto, que mucho de nuestro pueblo de tierra adentro de España ha adoptado ante la guerra, no hay que ver sino la falta de propia conciencia colectiva refleja, el no conocerse el pueblo á sí mismo, á falta del espejo universal del mar, y la xenofobia que de esa inconciencia procede.

«Esos navieros...»